

Mitad y mitad, igual a medio

La ciudad había sido atacada por una plaga de zombies y yo estaba ayudando al protagonista del *Two days to die* a salvar a la humanidad cuando mi madre golpeó con sus suaves nudillos la puerta de mi habitación.

–Kevin, ya sabes que tienes que visitar a la abuela Pura. Anda, no te retrases...

La abuela Pura no era tan emocionante como una plaga de zombies, justo cuando conseguía escapar hacia la playa (porque los zombies del *Two days to die* no saben nadar), pero no me quedó otro remedio que cumplir mi promesa y acercarme a su casa. Al fin y al cabo era ella la que había hecho el día de mi cumpleaños la aportación necesaria para comprarme el juegucito que tanto aborrecían mis padres.

Al subir las escaleras el olor a bizcocho recién hecho me permitió comprobar que ella ya me estaba esperando.

–¡Pichirrín, qué alegría! –me saludó cuando estaba yo todavía en la escalera.

Entré rápidamente en la casa huyendo de sus vecinos ancianos y cotillas, y ella, para compensar lo que a mí casi me sonaba a un insulto, depositó en mis garras de lobo una fuente con el esponjoso pastel. Sonriente y baboso, deposité la bandeja sobre la mesa de la cocina para poder atacar con las manos el bizcocho. Mientras unas migas volátiles y traviesas se desperdigaban por el suelo y por la delantera de mi chándal (en casa de la

abuela no hacen falta ceremonias para comer a gusto: si hay algún problema, ella barre las sobras inmediatamente), me explicó las “obligaciones” de día:

–Hoy tienes que volver a la Caja de Ahorros, Pichirín –mi abuela Pura, desde que nací, siempre intentó olvidar que mi verdadero nombre es Kevin– y con la tarjetita esa que se mete por un agujero, sacas trescientos euros... ya sabes que yo no me apaño con las máquinas...

Pero antes de realizar el milagro de extraer de una pared los billetes, tuve que hacer algunos otros arreglos en casa:

–Antes de salir, cambias la bombilla de la lámpara de pie... No es que yo no llegue, es que con este reuma no puedo enroscarla... Después me revisas el televisor, que ha vuelto a perder el canal y ya no se ve la telenovela... Y, si te acuerdas, cuando vuelvas, compras unos clavitos para sujetarme el tacón del zapato, que ayer en misa casi lo pierdo...

La abuela, a pesar del reuma, teje una colcha gigante con motivos florales y juega al julepe con sus amigas todos los domingos, pero desde que la conozco es incapaz de colocar una bombilla, de entender el mando de la televisión o de sacar dinero del cajero, así que suspiré y me apresuré a cumplir con los encargos.

–¡Ah!, pero primero miras el teléfono móvil, que no veo si está encendido o apagado. ¡A ver si esta semana también se me gasta todo el saldo antes de usarlo!

Al salir, la abuela Pura me despidió en el descansillo con un sonoro beso en la frente y me envió hacia el cajero como si me mandara a una empresa altamente compleja y valiosa. Yo le sonreí desde las escaleras recién brillantadas y me alejé de su casa ordenada e impoluta (la casa más limpia

que he visto en mi vida) como el héroe que tiene entre sus manos el destino del mundo. “Yo soy el héroe de *Two days to die* contra el cajero automático... ¡a mí los monstruos!”, podría haber dicho, y mi abuela Pura seguro, seguro que lo hubiera creído.

Cuando llegué al cajero, estaba ocupado por don Paco, mi vecino del piso de abajo. Don Paco es un jubilado de muy buen ver, viudo desde hace muchos años, y que vive con una de sus hijas, la única que queda soltera. Aquel día lucía con gran prestancia un elegante traje gris, adornado de un par de buenos lamparones en las solapas.

–¿Cómo te va, Quique? –me preguntó engolando la voz.

–Kevin, don Paco, me llamo Kevin.

–Eso he dicho, Quiken, digo, Kenquin, o como sea, qué más dará...

Don Paco salió del cajero y, ceremoniosamente, me sostuvo abierta la puerta mientras yo entraba, pero en vez de cerrarla otra vez, se me quedó mirando con aspecto de lelo.

–Usted dirá, don Paco –le avisé.

–Estooo, esto... ¡No! ¡Tú no puedes saber HACER ESO!

–Perdone, don Paco –le dije armándome de paciencia, ya que en mi casa me han inculcado que es muy importante ser muy educado con los viejos, es decir, con las personas mayores–, pero yo he sacado dinero de aquí infinidad de veces.

–No es eso, hijo, digo Kenko. No me refiero al cajero. Digo... que si quieres ganar algún dinerillo...

Dinero, dinerillo, pasta, pelas, unos euritos... ¡Aquello se ponía muy interesante!

–Yo sé hacer de todo... ¡De todo! –contesté ahuecando la voz e hinchando el pecho como el muñeco de *Two days to die* cuando obtiene puntos-extra-plus.

Y entonces fue cuando me engañó.

Con la promesa de aquel “dinerillo” (pasta, dinero, pelas, euritos, propinilla) me llevó hasta el portal de la casa y, cuando nadie miraba, me introdujo subrepticamente en su piso para llorarme la siguiente milonga: su hija se había ido de vacaciones (“sólo-una-semana-papá-es-imposible-que-tú-no-te-puedas-arreglar-solo-si-te-dejo-kilos-y-kilos-de-comida-preparada-y-toda-la-casa-limpia”) y volvía al día siguiente. Pero como el pobre don Paco tenía algunos problemas con el fairy y otros extraños productos de limpieza de uso incomprendible, se veía en el horrible drama de no querer recibir a su hija con la pocilga tan desordenada y necesitaba una ayuda urgente, aunque remunerada, para poner cierto orden y limpieza en el caos que se había gestado él solito en una simple semana.

–Pero tú... seguramente no sabrás arreglar estas cosas, Koko –y añadió como haciendo pucheros:– ¡A mí me pasa lo mismo!

Pero yo, desgraciadamente, sí sabía. ¡Yo sí sabía!...

Lo que no sabía es que el avaro de don Paco me iba a pagar sólo ocho euros con cincuenta por dos arduas horas utilizadas lamentablemente en fregar una montaña gigantesca de platos sucios, en barrer una cocina poblada de migas durísimas y cagadas de insectos, en ordenar en el armario una pila interminable de prendas semiusadas y guardar en el cesto de la ropa sucia otro gran montón, que había que lavar... ¡Por ocho euros con cincuenta! ¡Porca miseria!

Al concluir felizmente mis labores, don Paco me acompañó solícito hasta la puerta para despedirme con la más afable de sus sonrisas hipócritas.

–Muchas gracias por todo... pero, de esto, ¡ni una palabra a mi hija!...

Cuando ya me alejaba escaleras arriba, añadió en voz baja sustituyendo la risa por una mueca amenazante a la vez que alzaba una ceja:

–Nosotros no nos hemos visto, –y añadió con intención:– ¿verdad, Kevin?

Mi madre dice que yo pienso poco, dice que se me va la fuerza por la boca y que debo ejercitar las neuronas mentales para madurarme a mí mismo (o algo parecido que no recuerdo bien); pero mi madre, en realidad, me conoce muy poco. Porque yo MEDITO. Pienso y medito constantemente. Es más, pienso y medito constantemente PARA MEJORAR EL MUNDO.

Por eso abordé en el recreo a Marta Marilina, la nieta de don Paco, con la intención de exponerle mi idea.

El plan era realmente sencillo. Si mi abuela sabe hacer perfectamente todas las cosas de la casa, sin que nunca sea posible encontrar ni una sola mota de polvo, ni un miserable microbio escondido, con una perfección absoluta y palmaria... Si su abuelo sabe sacar dinero del cajero, si controla todos los mandos de la televisión con sus distintas funciones en relación con los aparatos de video, DVD y similares... Si cada uno sabe hacer LA MITAD DE LAS COSAS, pero SÓLO LA MITAD... Puntos suspensivos. ¡Era muy sencillo! La solución caía por su propio peso.

Sin embargo, cuando conseguimos reunir a los dos abuelos con la buena intención de arreglarles la vida, las cosas no resultaron como habíamos previsto. En primer lugar, ¡ellos no tenían por qué haberse reído tanto! No sé

qué pensó Marta Marilina, pero yo al poco rato me sentí realmente ridículo. En segundo lugar, doña Pura y don Paco se conocían desde hacía muchos años y, según decían, por eso mismo no estaban dispuestos a casarse de nuevo. Ya eran viudos... ¡Con una vez ya tenían bastante! Admitían que sí, era cierto: es muy triste saber hacer sólo la mitad de las cosas... pero ya llevaban demasiado tiempo cultivando exclusivamente lo suyo. Y entonces nos dieron la prueba inequívoca de que su casorio era imposible, porque comenzaron una discusión eterna y llena de mutuos improperios acerca de cuál de sus dos especialidades era más importante: saber alimentarse y cuidarse a sí mismo o saber hacer las gestiones de fuera de casa. Después de unas cuantas indirectas e incluso algunas ofensas contra el género masculino o femenino en general, nada más estuvieron de acuerdo en una sola cosa:

–¡Ah, los jóvenes! Vosotros podréis. Vuestro caso es distinto...

–Nosotros ya hemos olvidado aprender, pero vosotros seréis capaces de hacer todo junto, y no la mitad que a los mayores nos correspondió en nuestra época...

Cuando nos alejamos Marta Marilina y yo, aliviados por huir del mal trago, aún nos miraban con una sonrisa común, entre complacida e indulgente.

–¡Ah, la juventud! ¡Quién la pillara! ¡Ojalá se pudiera empezar desde cero!